



¿Un Quijote en el Vaticano?...

Por Armando de la Torre

La visita de Benedicto XVI a los Estados Unidos fue todo un éxito mediático. La organización, perfecta; la cobertura, respetuosa; la respuesta de las multitudes, entusiasta y edificante.

Para mí, un testimonio de *carácter*.

A este Papa se le ha visto desde muchos ángulos. Cuando era meramente Cardenal Ratzinger, a cargo de la Congregación de la Doctrina de la Fe, muchos en la contracultura católica lo caricaturizaron como el “Rottweiler” del Papa. Para otros, en cambio, un intelectual universitario al que en vísperas de su retiro se le emboscó con una responsabilidad *católica*, es decir, “universal”, que nunca había esperado. Sobre todo si se trataba de llenar los zapatos de un Pastor del calibre de Juan Pablo II.

Para los más lejanos, probablemente una ilustre incógnita.

No creo que en la bimilenaria historia de la Iglesia haya habido muchas ocasiones que hayan requerido de tanta fuerza de carácter como de la que hizo gala este teólogo tajante y germánicamente acucioso. Desde el primer día de su visita, le hizo frente al escándalo sexual más corrosivo para la fe desde los tiempos de los Borgias: la pedofilia comprobada de casi el 4% del clero norteamericano. Encima, al episcopado les reiteró que “lo habían manejado mal”.

Ni vaciló en repetirlo con las manifestaciones más categóricas de vergüenza y dolor. Aun se reunió cara a cara con un grupo de las víctimas. Eso lo acomete sólo quien está animado del coraje de sus propias convicciones.

Mantuvo enhiesta, encima, la hoy tan adversada bandera de la armonía entre la razón y una fe libre, que no recurre a la violencia. Precisamente lo que hacía sólo pocos meses, parte de su disertación profesoral en Ratisbona, le había valido la reacción furiosa del Islam, militante e hipersensible, sea dicho de paso, al reproche de que su fe se habría propagado en sus orígenes a lomo de camello y filo de cimitarra.

Incluso, mantuvo ante la Casa Blanca su condena a la guerra preventiva, igual que ante las Naciones Unidas la vigencia *sin excepciones* de los derechos *humanos*, sobre todo el de la libertad de conciencia, tan notoriamente pisoteada en el Tíbet por la emergente potencia mundial anfitriona de los Juegos Olímpicos, la China Popular.

Visitó una sinagoga en Nueva York para atenuar los efectos de su restauración de parte de la liturgia en latín, que incluye una petición explícita para la conversión final de los judíos a la fe en aquel Mesías que ellos se han negado a aceptar hasta el día de hoy.

Desde mi perspectiva, *carácter* es la capacidad de decir “NO” a quienes nos son más allegados. Así entendido, Benedicto XVI se ha mostrado todo un hombre de carácter.

Quizás en consonancia con aquel dicho de Pascal: “El esfuerzo mental por aclararse las ideas es el fundamento de la vida moral”.

Y vaya si se las ha hecho claras Joseph Ratzinger desde el día en que, a sus dieciséis años de edad decidió desertar, con riesgo de ser ejecutado, del ejército nazi en el que diez semanas antes había sido enrolado.

Tampoco salgo aún de mi asombro de la “*entente cordiale*” entre este alemán y aquel polaco de nombre Wojtyla, que sellaron entre ambos para siempre nuestra entrada en el siglo XXI.

Quisiera añadir una acotación de mi cosecha: me enternece e inspira profundo respeto el pueblo judío, de cuyo tronco me considero una modesta hojita insertada al extremo de una de sus ramas, pero no menos admiro la integridad *ética* de aquellos alemanes que asumieron públicamente la responsabilidad por el Holocausto y se han esforzado por repararla -cosa, sabemos, humanamente imposible- con el mayor de los denuedos. De tal fibra está hecho Benedicto XVI.

Su visita ha sido, pues, una ráfaga de viento fresco desde lo perenne y trascendente, que nos alivia del sopor del “*entertainment*”, esto es, de lo instantáneo y lo pueril.

¿Quijote, entonces, contra molinos de viento de lo políticamente correcto... o caballero andante siempre en pro de la vida?

En cualquiera de las versiones, ejemplar.